

¡Pobre Nicolás!



Le hemos ya hablado al lector del diario de su estancia en la corte de la Rusia de los zares durante la Gran Guerra que en la «Revue des Deux Mondes» viene publicando M. Paléologue. Hoy vamos a reproducir, con leves comentarios, algo de lo que dice del pobre último zar, del desdichado Nicolás II, hombre de fatalidad y fatalidad él mismo.

El antiguo presidente del Consejo de ministros, Kokowsow, le decía al embajador francés que la instrucción del zar era insuficiente y que la magnitud de los problemas que tenía misión de resolver sobrepasaba muy a menudo el alcance de su inteligencia. «Su desconfianza de sí mismo y de los demás—añadió—le pone en guardia contra todas las superioridades; así es que no admite en derredor de él mas que nulidades.»

Lo de la falta de instrucción, o acaso más bien instrucción de papeletas, podantesca, prendida con alfileres, para tratar de embaucar a los papanatas y provocar los aplausos de los serviles, es cosa muy creíble. Pero lo peor habría sido que el pobre Nicolás II se hubiera creído realmente instruido. ¡Porque entonces sí que se rodea de nulidades!

Al ministro Trepow, que le decía a Paléologue cómo el zar era débil y terco, lo que le parecía a aquél cosa extraña, le contestó el francés: «No es extraño. Los psicólogos le explicarán cómo la terquedad no es mas que una forma de debilidad.» ¡Y tanto! La terquedad es la forma del no querer, de la «voluntad», y ésta es del débil. El débil, además, se enterca en algo para no aparecer cediendo a aquella otra voluntad ajena a que está sometido.

Con fecha 27 de noviembre de 1916 escribía el embajador francés: «No sé quién ha dicho de César que tenía todos los vicios y ningún defecto. Nicolás II no tiene un vicio, pero sí el peor defecto para un soberano autócrata: la falta de personalidad.» ¡Y sí que es defecto garrafal para ejercer el Poder personal el de carecer de personalidad! Y eso que el último zar de Rusia no tenía vicios, que si además de carecer de personalidad llega a ser vicioso, como les suele ocurrir a los impersonales, a los abúlicos, voluntariosos, entonces... Aunque peor que le fué con él a su patria no pudo haberle ido. Esto suponiendo que los zares tuviesen patria.

Con fecha 7 de enero de 1917, Paléologue cuenta una entrevista que tuvo a solas con el zar. ¡Interesantísimo relato! Al ver unos volúmenes con la cifra de Napoleón I, Paléologue le dijo: «Vuestra majestad ha tenido para con el embajador de Francia una delicada—y pueril, añadimos nosotros—atención rodeándose hoy de esos libros. Napoleón es un gran maestro de consulta en las circunstancias críticas; es el hombre que ha hecho más violencia al destino.» «Por eso tengo un culto a él», respondió el pobre zar. ¿Qué entendería por culto a Napoleón aquel desgraciado e impersonal Nicolás, la ridícula puerilidad de cuya educación palaciega se delataba en la bobería, genuinamente cortesana, de rodearse de aquellos volúmenes? ¡Sóberana simpleza! Porque no hay nada más simple y más flojo que las atenciones soberanas.

Al salir de aquella entrevista escribía Paléologue: «El emperador se siente desbordado y dominado por los acontecimientos; no tiene ya fe ni en su misión ni en su obra; ha abdicado interiormente, por así decirlo; está ya resignado a la catástrofe y pronto al sacrificio.» Poco antes de la entrevista esta habían malado a Rasputine.

¡Pobre Nicolás! ¡Pobre Nicolás! Fue sacrificio.» Poco antes de la entrevista, en medio de un pueblo que repetía: «¡Nichevol», o sea: «¿Qué más da?» O si se quiere: «¡Mañana será otro día!»

Una princesa rusa le decía a Paléologue el 23 de marzo de 1916 que la Providencia misma obedecía a la fatalidad, y que el emperador estaba predestinado a la pérdida de Rusia.

¡Fatalidad! ¡Fatalidad! Tiene nombre de mujer. Y la fatalidad no es joven; pero lo peor es, cuando la terrible doctrina fatalista se disfraza de optimismo, de optimismo de real orden, y cuando dice que el estudio puede obcecar a los intelectuales. No, lo que obceca no es el estudio; lo que obceca es el no querer estudiar, el no querer informarse, el no querer enterarse. Aunque... ¿para qué enterarse? Hay enfermos que no quieren saber lo que tienen. ¡Para lo que se ha de vivir!... ¡Pobre Nicolás! ¡Pobre Nicolás!

¡Qué figura la del último zar de Rusia! ¡Y eso que el pobre no tuvo vicios!...

¡Pobre Nicolás!

Miguel de UNAMUNO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS UNAMUNO